

PRÓLOGO

Nuestra máquina es un ordenador. Aunque dinámico e internamente coherente, carece de alma y de ética. Un ordenador se encuentra desprovisto de moral, de la misma manera que una tempestad o una erupción volcánica. El Estado es un ordenador y, por tanto, es amoral. Simplemente es acción. Esta es mi propuesta.

Los científicos sociales dedicados al estudio de la ciencia política deben ser objetivos y estudiar los hechos tal como son y prescindir de consideraciones éticas y emocionales. Visto de esta forma no tiene sentido hablar de ciencia política normativa. La realidad política es lo que vemos, tal como lo vemos y nada más. Los añadidos morales son productos distorsionados de los sentidos espirituales y del ánimo político transitorio. De hecho, los grandes criminales de la historia son los políticos que más intensamente han ponderado sobre el bien y el mal. Las normas morales que animan los sentimientos de las colectividades, anidados en las vísceras, de las cuales la preferida por los poetas es el corazón, son fábulas, y, por tanto, irrealidades. Las critico no por ser fábulas, sino porque estas consideraciones carecen en sí de rigor, de método y, por tanto, no son ciencia.

Las acciones humanas, complejas y diversas, deben analizarse con el mismo método que el físico contempla y formula los hechos físicos sin cuestionarse sobre el deber ser, del qué *pasarán* y, sobre todo, despojarlas de los trajes del bien y del mal. De la moral y demás asuntos del alma procede tratarlos en otras cuestiones, si se quiere religiosas, pero no en la política.

El afán de la reciente ciencia física guió la inteligencia de Thomas Hobbes en el continente. Fueron el sentido sensorial, la

experimentación, la obsesión por los hechos lo que le condujo a la creación de la ciencia política como ciencia física. ¿Por qué no vectorizar, se dijo, a los hechos humanos como unidades de fuerza? El resultado fue la mayor hazaña en la ciencia política. Construyó a Leviathán que es una anatomía o análisis fisiológico de un ser vivo, sanguíneo, nervioso y musculoso. Leviathán es una realidad física de principio a fin.

De principio a fin es parecido a mi monstruo mecánico que es la máquina o el ordenador, que para el caso es igual.

Pero Leviathán, al fin y al cabo, es un monstruo alentado por impulsos químicos que nacen de impulsos morales, aunque sean destructivos. Los principios morales, que se encuentran en los surcos cerebrales de Leviathán, le hacen tomar determinaciones buenas o malas según se mire y según el criterio del que resulte favorecido. La ventaja de mi máquina u ordenador es que es impersonal y mecánica. Es una relación funcional simple de personas e instituciones que actúan, y mi única aportación es explicar esta acción. No ambiciono a nada más. Puesto que el Estado es un ordenador, nos limitamos a explicar las partes que lo integran y su mecanismo interno. De esta manera queda definido el Estado. Los restos subjetivos y espirituales de Leviathán quedan vencidos. Muera Leviathán y viva la máquina.

En el centro del ordenador hay un disco duro donde se encuentra la memoria histórica y las instituciones que la soportan. En los disquetes o CD se encuentran las ideas provisionales que introducen los políticos transitoriamente para simular que gobiernan. Este disquete o CD desaparece al abandonar su cargo el político, pues es cierto que nunca ha podido gobernar. Ni siquiera ha dejado huella. Quien gobierna y gobernará realmente es el ordenador. El *hardware*, es la realidad patrimonial y geográfica del país, y el *software* el espíritu o conjunto de creencias religiosas y anímicas, populares, si las hay, que animan, como la energía eléctrica, al aparato. El teclado es el instrumento para suministrar información al ordenador. La tecla es la vía por la que se conecta el ordenador con la toma de decisiones. ¿Y quién lo te-

clea? Lo teclean los que *pueden*. Son los hombres de negocios, los que dominan los medios de comunicación, la tecnoestructura, los financieros, los grupos de presión, y, a veces, lo que se llama el pueblo soberano, aunque nadie sepa a ciencia cierta qué es el pueblo soberano. También lo teclea el miedo. ¿Qué es la pantalla? La supuesta realidad pervertida por la imaginación popular, por la fantasía, por la mentira y el engaño. La pantalla es una televisión de fantasmas. Esa realidad virtualizada en la pantalla son los sueños de la razón o son también los sueños de los sueños, unos lógicos y otros metabolizados por el subconsciente. En la pantalla se representa la *superestructura* de Carlos Marx, que es un producto ensoñado por las relaciones económicas de producción. Se representan igualmente los pensamientos *ilógicos* de Pareto por el que los hombres se engañan a sí mismos. El cableado interno, que conecta todas las partes del ordenador, son los medios diversos de comunicación que, en este tratado, son determinantes.

¿Cómo surgió la idea de la *máquina*? Nació de forma natural de mis clases de política fiscal (macroeconomía) por un lado, y de hacienda pública por otro, ambas en la universidad San Pablo. La política fiscal consiste en la capacidad de manipulación de los impuestos y gastos públicos para lograr unos fines económicos diversos. Implica necesariamente una capacidad de gobierno discrecional sobre el aparato estatal y sobre la realidad económica. Equivale, en otras palabras, a cabalgar y domar a Leviathán. Total, una fantasía. En las clases de hacienda pública me esmeraba en explicar lo inexplicable: la toma de las decisiones públicas por parte de los políticos. De nuevo era Leviathán el que tomaba las decisiones y no los políticos. Otra mentira. Mis clases eran reformas sobre ideas establecidas si no quería farsear a mis alumnos y describir acrobacias académicas.

Hasta aquí explico mis creencias insobornables sobre Leviathán. Pero, ocurrieron dos hechos sin importancia que obligaron a que mis ideas evolucionaran en un sentido. Uno fue mi valiente e intrépida incorporación al mundo de la informática,

labor que sigo ejerciendo torpemente. Empecé a manejar el ordenador. Y, aunque sigo siendo un neófito en los intrincados misterios de su gobierno, sé qué es un disco duro, un disquete, la pantalla, el teclado y otras "cosas" elementales como que hay que enchufar el aparato para que funcione. Este mundo dinámico y frío me pareció un modelo mejor que el del musculoso Leviathán para analogarlo al Estado. El otro hecho significativo fue mi traslado como profesor de Economía a la facultad de Ciencias de la Información, donde continuó mi labor docente. La comunicación, la forma de comunicar y la fuerza de los medios son determinantes en la actividad política. Su poder es un hecho objetivo que no resiste comparación. En esta comprensión quedó soldada de una vez por todas, creo, mi modelo sobre la máquina u ordenador. El teclado y el cableado interno de la máquina estaban determinados por la información.

La evolución de mis ideas fue la evolución de Leviathán cuyas nervaduras se transformaron en las piezas de una máquina.

El mundo, por otra parte, en los últimos veinte años, ha sufrido una revolución lenta y constante. Ha querido desembarazarse del peso de la presión de la economía keynesiana intervencionista y de la economía del bienestar polarizada en torno a la seguridad social. No sabemos si lo conseguirá, pero el peso del Estado seguirá siendo intenso, aunque disfrazado. En esta secuencia de ideas conté con las valiosas opiniones de los catedráticos Lucas Beltrán Flores y de José Raga Gil, defensores del *homo* en su plena individualidad; del profesor Lucas Beltrán me llegó la serenidad y la sabiduría, y del profesor Raga, la crítica a Leviathán.

Desde hace diez años (1992-93) el profesor Pablo Lucas Verdú, en la Universidad Europea de Madrid CES, y anteriormente en el San Pablo CEU, escuchó mis proyectos del libro *La Máquina*. Le pareció interesante desde sus amplios conocimientos doctrinales y científicos del Estado. Su actitud me animó a continuar en mi tarea.

Pero, sin duda, alguna fue el catedrático de Hacienda Pública José Luis Pérez de Ayala en quien encontré la serenidad y el

estímulo necesario para continuar en esta investigación. No podía ser de otra forma, porque fue concienzudo conocedor de la Hacienda Pública, y, por tanto, inquisidor hábil en lo todo lo que fuera la intervención del Estado en los asuntos económicos. Fue, y es, amigo, compañero y maestro en mi ya dilatada vida como profesor universitario.

A él le dedico justamente este libro.

* * *

En la corrección de este libro ha intervenido decididamente Ana Rodríguez Sánchez, escrupulosa lectora, que, de forma abnegada, no solamente me ha auxiliado en la corrección de erratas, sino que, además, me ha hecho observaciones inteligentes. Su tío y amigo le expresa sus más sinceras gracias.

Un recuerdo inolvidable a mi alumna y querida amiga Patricia Pato, que no solamente inspeccionó hasta el agotamiento este libro, sino que ya intervino en la corrección de otro anterior *Relatos en la Hispania*. En la memoria de los años del CEU, de la amistad e incluso de la vulgaridad de las clases de Economía le doy las gracias.

Una vez más entró en el pulimento del texto mi amigo Gregorio Bartolomé que, en cuestiones correctoras, parece un dentista obsesivo y hasta cierto punto sádico que se divierte con el dolor ajeno. Le he visto reirse cuando acomete con el torno obsesivo en la carie corrupta de una palabra. Es, por qué no decirlo, un cirujano de la sintaxis, casi un carnicero, que sin piedad y sin anestesia, corta aquí, corta allá, sin perder la sonrisa en los labios. Al final de garlopear el texto me quedé desbravado y sin aliento, y sin saber si debo continuar escribiendo.